

# El Centenario de la Academia Nacional de la Historia\*

*Fernando Silva Santisteban*

Es en virtud de las realizaciones trascendentes de los pueblos que se configura la historia, más que como el relato de los hechos memorables del pasado como una dimensión humana de posibilidad. Esa posibilidad, es decir, la necesidad de mirarnos en el espejo de la historia, es la que nos mueve a seguir adelante y fue lo que sintió el grupo de connotados intelectuales peruanos, hace cien años, cuando se propusieron y gestionaron la creación del Instituto Histórico del Perú –hoy Academia Nacional de la Historia–, propósito que se concretó en el Decreto Supremo del 18 de febrero de 1905, que lo reconocía oficialmente y le encomendaba “propender a la formación de la historia nacional” lo mismo que “reunir, descifrar, organizar, anotar y dar a la publicidad los documentos relacionados con nuestra historia, iniciar y recompensar la redacción de obras históricas, monográficas o generales sobre el país y conservar los monumentos nacionales de carácter arqueológico y artístico”.

Su primer estatuto –aprobado el 10 de julio de 1905– le confiaba la organización del Museo Nacional de Historia, así como del Archivo Nacional; también se programaba en él la reimpresión de “obras raras que contribuyan a ilustrar la historia nacional y propagar su conocimiento” así como la edición de una revista en la cual se debía “rectificar los errores y falsificaciones que se publiquen sobre la Historia del Perú”. Aquí se manifiesta claramente la preocupación por el valor objetivo de la historia.

El Instituto estaba integrado por treinta miembros de número, entre los que se hallaban José Sebastián Barranca, Modesto Basadre, Mariano H. Cornejo, Eugenio Larrabure y Unanue, Emilio Gutiérrez de Quintanilla, Víctor M. Maúrtua, Rosendo

---

\* Discurso de orden leído en la sesión solemne realizada el 15 de julio del 2005.

Melo, Pablo Patrón, Carlos Paz Soldán, José Toribio Polo, Javier Prado, José de la Puente y Cortés, Carlos A. Romero, Nemesio Vargas, Carlos Wiesse entre los más conspicuos. Fue elegido Eugenio Larrabure como su primer presidente y se incorporaron como miembros natos los directores de las instituciones dependientes del Instituto. La primera institución en crearse (el 6 de mayo de ese mismo año) fue el Museo de Historia Nacional bajo la dirección de Max Uhle, quien fue incorporado como miembro de número.

Transcurría el primer gobierno de don José Pardo y Barreda, probablemente el mandatario que más se ha preocupado por la educación y la cultura de nuestro país. Era también la época a la que Basadre denominó “República Aristocrática” y había empezado la *Reconstrucción*. “El Partido Civil –escribe Basadre– más que un partido político era un bloque de clases y pertenecían a él los grandes propietarios urbanos, los hacendados productores de azúcar y algodón, los hombres de negocios prósperos, los abogados con los bufetes más famosos, los médicos de mayor clientela, los catedráticos, en suma, la gente a la que le iba bien en la vida ...”

La era del caucho tenía entonces enorme repercusión en el mundo entero y se originó también la “desnacionalización de la agricultura”. Fue incrementada la minería y se allanó el camino para la penetración de los capitales extranjeros, capitalización que fue copiosa.

A su caballerosidad y acendrada honestidad, Pardo agregaba su dinamismo, lo que aceleró el resurgimiento del país. Pero lo trágico estuvo –como expresa Basadre– en la ruptura que se produjo entre el anhelo profundo del pueblo y la conducción del Estado, que no se percibía por la exuberancia del régimen y el crecimiento del país, pero que tuvo a la larga fatales consecuencias; surgió, una vez más, el divorcio entre el país real y el país legal. Y es que el Estado oligárquico sólo fue en apariencia un Estado nacional, el monopolio del poder neutralizó a las capas medias y marginó a las clases populares. La oligarquía civilista no desarrolló un programa político, no contó con un plan o proyecto nacional alrededor del cual hubiese podido aglutinar a las otras clases. Este momento histórico y estos hechos constituyeron otra ocasión perdida.

La labor del Instituto no fue muy intensa, ni mantuvo siempre el mismo ritmo, pero dio muestras de su lealtad a la misión que se le hubo asignado. Prueba de ello queda en los volúmenes de la *Revista Histórica*, así como en la serie de sus publicaciones documentales. Hasta 1962 se publicaron veinticinco volúmenes de la *Revista*, con importantes trabajos de los más destacados historiadores peruanos y peruanistas. También editó el Instituto algunas obras inéditas importantes como la *Descripción de las Indias* de fray Reginaldo de Lizárraga, la *Instrucción contra las ceremonias y ritos de los indios* de Polo de Ondegardo, la *Memoria Militar* del general Pezuela, la obra de Manuel de Mendiburu y otras obras de importantes

colaboradores. La *Revista Histórica* señala el derrotero de cómo se ha venido reafirmando la historia a medida en que se han desarrollado otros recursos historiográficos con el auxilio de nuevas fuentes y sesudas investigaciones.

En 1962 fue elegido Director Aurelio Miró Quesada Sosa, quien al asumir la conducción del Instituto promovió su renovación y una nueva estructura orgánica como Academia Nacional de la Historia, siendo reconocida como tal por Resolución Suprema del 14 de diciembre de ese mismo año, la cual la definía como la institución que “tiene por objeto cultivar el estudio de la Historia Patria y de los problemas conectados con las ciencias históricas”. Como se advierte, ya no se habla solamente de la historia sino también de las “ciencias históricas”. Ha pasado medio siglo y en este tiempo han ido cambiando algunos conceptos sobre la historia; nuevos conocimientos, nuevas teorías, nuevas disciplinas van ampliando el horizonte de la historia en general y de la peruana en particular.

Se incorporaron como miembros de número Víctor Andrés Belaunde, Felipe Barreda Laos, Juan Bautista de Lavalle, Oscar Miró Quesada de la Guerra, Luis Alberto Sánchez, Rubén Vargas Ugarte, Luis E. Valcárcel, Evaristo San Cristóbal, Pedro Villar Córdova, Raúl Porras Barrenechea, Luis Alayza Paz Soldán, Rafael Loredó, Rafael Larco Hoyle, Julio C. Tello, Pedro Ugarteche, Luis Antonio Eguiguren, Ella Dunbar Temple, Jorge Basadre, Francisco García Calderón, Alberto Ulloa, Manuel Moreyra y Paz Soldán, Aurelio Miró Quesada Sosa, Oscar N. Torres, Emilio Romero, Alberto Tauro, Guillermo Lohmann Villena, Juan Bromley, Félix Denegri Luna, Jorge C. Muelle, José Agustín de la Puente Candamo, Carlos Camprubí, Felipe de la Barra, Bolívar Ulloa, José Antonio del Busto, José Luis Bustamante y Rivero, César Pacheco Vélez y, poco más tarde, Carlos Deustua, María Rostworowski, Félix Álvarez Brun, Armando Nieto Vélez, Juan Manuel Ugarte Eléspuru, Franklin Pease, Percy Cayo, Miguel Maticorena, Héctor López Martínez, Duccio Bonavia Berber.

Después hemos sido incorporados, en este orden: Scarlett O' Phelan Godoy, el que habla, Juan Miguel Bákula, Luis Jaime Cisneros Vizquerra, César Gutiérrez Muñoz, Federico Salmón de la Jara, Federico Kauffmann Doig, Antonio San Cristóbal, Ramiro Castro de la Mata, Fernando de Trazegnies, Francisco Stastny, Enrique Carrión, Julián Heras, Rodolfo Cerrón Palomino, Uriel García Cáceres, Margarita Guerra, Carlos Williams, Carlos Peñaherrera y Lorenzo Huertas, sumamente honrados al ocupar el sillón de nuestros distinguidos predecesores.

La *Revista Histórica*, desde el volumen XXVI que se publicó en 1962, continuó en su nueva etapa como órgano de la Academia encomendándosele la dirección a Manuel Moreyra y Paz Soldán. Desde entonces se han publicado cuarenta volúmenes en los que han aparecido valiosas investigaciones de sus miembros, así como colaboraciones diversas de otros autores invitados que representan significativos aportes a la historia nacional.

¿Por qué la historia como razón de ser de una Academia, esto es, de una sociedad científica establecida con autoridad pública?

Como bien sabemos, el hombre es histórico porque tiene la capacidad de pensar en su pasado, de desvincularse de él y forjarse un porvenir. Así, pues, el conocimiento de la historia responde a la necesidad humana de darle sentido al presente. Como dice Hobsbawm:

“La posición que ocupamos respecto al pasado y las relaciones que existen entre el pasado, el presente y el futuro no son solamente asuntos de vital interés para nosotros, sino que no podemos prescindir de ellas”.

La razón de ser y la utilidad de la historia consisten, pues, en que su conocimiento nos permite discernir el presente sobre los hechos pasados y, consecuentemente, actuar sobre el curso de los acontecimientos para enmendar errores, reafirmar tradiciones y encauzar expectativas, como lo señalaban nuestros estatutos de origen. Y es que, a la luz de la historia el pasado se torna en enseñanza, el presente en posibilidad de acción y el hombre se vuelve más humano en la medida en que se hace responsable del futuro.

La historia se reconstruye idealmente con los testimonios de los hechos a los que tiene acceso el historiador a través de las *fuentes históricas*. Sucede, sin embargo, que las fuentes pueden prestarse a diversas interpretaciones, pueden estar sesgadas o ser erróneas. Así como se investiga imparcial y objetivamente, también se inventa y no es raro que el nacionalismo entusiasta o la emotividad de algunos autores exalte determinados hechos y a otros los adormezca.

De allí que el historiador tenga que evaluar sus fuentes cuidadosamente e interpretar la fidelidad de los datos para organizarlos en contextos sustancialmente inequívocos. Los hechos sólo son historia cuando los acontecimientos se organizan en procesos racionalizables, de lo contrario no serían sino un conjunto de sucesos aislados, sin causalidad.

Siempre ha sido preocupación de los historiadores la objetividad de la historia, puesto que nunca podrán conocerse los hechos exactamente como sucedieron, ya que entre el historiador y lo que pretende historiar hay un tiempo de abolición imposible de reconstruir cabalmente y, de otro lado, porque aun cuando un historiador se proponga la mayor objetividad prescindiendo de cualquier idea predeterminada, su manera de entender el mundo, su apreciación de los valores, su concepto de la vida social, su pensamiento político estarán condicionando de una u otra manera su disposición para juzgar lo acontecido.

¿Quiere decir, entonces, que estamos irremisiblemente condenados al subjetivismo histórico?, ¿que no podremos despojarnos de nuestro sistema de referencias para hacer una historia objetiva? Felizmente no. Si bien es cierto que no es fácil despojarse de los juicios y prejuicios con los que de manera espontánea se tiende a juzgar los hechos acaecidos, sí es posible interpretarlos objetivamente, al menos hasta donde puedan ayudarnos a alcanzar objetividad las ciencias sociales, si no con la rigurosidad de las ciencias exactas, por lo menos bajo la racionalidad de sus principios y postulados. La historia no es como se quiere que sea, sino fundamentalmente la forma como el peso del pasado nos afecta en el presente.

Los avances del conocimiento sobre la naturaleza del hombre, de la sociedad y la cultura se deben a la conjunción de las diferentes especialidades en los campos de las ciencias en general y de las ciencias sociales en especial. Han surgido nuevas disciplinas que se han formado con el concurso de diversas ciencias, puesto que las explicaciones científicas son susceptibles al intercambio de conceptos, de metodologías, descubrimientos, teorías y perspectivas. Así, para un país con la diversidad cultural del nuestro, viene a ser la etnohistoria la disciplina que más se aviene al estudio de la naturaleza de los cambios que han sufrido los grupos étnicos después de la dominación hispánica. La etnohistoria, fundada en el Perú por Luis E. Valcárcel, se ocupa de los contactos culturales y sus consecuencias en todas y cada una de las culturas nativas participantes, la cual se reconstruye conjugando los métodos de la historia con los postulados de la etnología.

Se han superado ya las fronteras interdisciplinarias y la historia ha recibido aportes fundamentales, prácticamente de todas las ciencias, como por ejemplo la arqueología, el método de datación mediante el Carbono-14, la termoluminiscencia y los relojes radiactivos, que han sido aportados por la física y la físico-química. De la biología, entre otros descubrimientos científicos, se está aprovechando lo que significa genéticamente lo que hemos venido entendiendo como *raza*. De la ecología los conceptos de *ecosistema*, *interacción dialéctica*, *reacciones adaptativas*, *relación espacio-sociedad* y otros. La sociología ha ayudado a la historia con nuevas formas en el análisis y el entendimiento de la estratificación social, el significado del excedente de la producción, así como con las nociones de burocracia, élite, anomia, dependencia y muchos otros conceptos de gran utilidad para esclarecer las estructuras sociales y la configuración de los procesos.

Pero es de la antropología de donde ha recibido los conceptos instrumentales básicos que han alumbrado realmente el panorama del acontecer histórico, tales como las nuevas nociones sistematizadas de *cultura*, *sociedad*, *estructura*, *función*, *proceso*, *aculturación*, *patrones culturales*, *instituciones*, *etnocentrismo*, *reciprocidad*, *redistribución* y otros de importancia capital para comprender la naturaleza de la cultura, de la sociedad, de la familia y del propio ser humano.

La historia del Perú no es simplemente el relato de los acontecimientos más o menos memorables que han ocurrido dentro del espacio geográfico que hoy corresponde al país, sino esencialmente la comprensión de la naturaleza, formación y desarrollo de los pueblos y culturas que empezaron conformando el espacio geográfico, social y cultural que hoy se denomina Perú. La *peruanidad* hincó sus raíces en los lejanos tiempos de la prehistoria, desde que a fines del Pleistoceno arribaron los primeros grupos humanos a las diferentes regiones de este territorio, donde vivieron, dejaron sus huesos y sus realizaciones a sus descendientes, quienes terminaron edificando una de las civilizaciones más originales y admirables del mundo antiguo: la Civilización Andina.

Así, pues, no hay grupo humano, ni época, ni suceso acaecido en este territorio que pueda considerarse ajeno a una tradición peruana, escindida en ocasiones y variada en determinadas características, pero que ha conformado a la larga una propia y peculiar historia en la cual se han producido vicisitudes, cortes, logros, negaciones, agresiones, creaciones y fracasos que de diferentes maneras se manifiestan en el carácter y la cultura peruana de hoy.

Los más destacados historiadores modernos como Toynbee, Spengler, Bagby, Steward, Service, Wittfogel, MacNeill, Huntington, entre los más conocidos, consideran a la Civilización Peruana en el elenco de las grandes civilizaciones universales; y hoy sabemos que la región de los Andes Centrales, esto es el territorio del Perú actual, fue una de las escasas zonas del planeta –conjuntamente con Mesopotamia y Mesoamérica– donde se originó la civilización en el planeta con los primeros estados prístinos, sin antecedente ni vinculación alguna con otras culturas.

El desarrollo de la Civilización Peruana o Andina resulta inteligible como resultado del esfuerzo y el talento humanos para adaptarse y domesticar tan vasto y variado ambiente natural. En este esfuerzo, tenaz y formidable, fueron fundamentales la observación de la naturaleza y el desarrollo de una tecnología *ad hoc* relacionada básicamente con la agricultura, la creación de complejos sistemas de administración política y económica y la rigurosa racionalización del trabajo. Lógicamente, la configuración de la cultura fue diferente a la de la cultura occidental, puesto que con mecanismos e invenciones muy distintas se alternó con un medio diferente, poniéndose énfasis en sistemas, patrones culturales y valores también diferentes.

Refiriéndose a la agricultura de los antiguos peruanos dice el connotado biólogo evolucionista Edward O. Wilson:

Los incas fueron sin disputa los campeones de todos los tiempos a la hora de crear una reserva de plantas diversas. Sin el beneficio de la rueda, el dinero, el dinero o la escritura impresa, este pueblo de los Andes desarrolló una compli-

cada agricultura basada en casi tantas especies como las que utilizan todos los agricultores de Europa y Asia juntos. (La diversidad de la vida. Drakontos, 1994 p.191).

Por causas culturales, fundamentalmente económicas, políticas, de proselitismo religioso y por el afán de dominación la cultura occidental se ha extendido en el planeta más que cualquier otra cultura, ha prevalecido sobre las culturas de otros continentes e inducido a asumir la creencia en la uniformidad del comportamiento humano bajo sus paradigmas. A través del colonialismo ha terminado imponiendo sus valores, sus conceptos, creencias y sus formas de pensamiento a costa de las tradiciones originarias de los pueblos conquistados. De allí que los referentes en la mayoría de los estudios histórico-sociales y en la evaluación cultural de las sociedades no occidentales sigan siendo las premisas y arquetipos establecidos por los colonizadores europeos.

Directamente relacionado con el subjetivismo, el etnocentrismo es el fenómeno que más distorsiona el carácter de los hechos históricos, esto es, el empleo de los juicios, valores y premisas de una cultura para juzgar y apreciar a otra o a otras culturas. La tendencia al etnocentrismo es universal pues todos los humanos nacemos y nos desarrollamos en el seno de una cultura y al no tener otra perspectiva cultural asumimos la nuestra como referencia definitiva.

Mayor trascendencia negativa, sin embargo, ha tenido la idea de la "superioridad" racial y cultural desde que en el siglo XVI se utilizó en Europa el concepto de raza para designar la naturaleza y calidad de la gente por el aspecto físico de los individuos; se los refirió entonces a categorías de poblaciones a las que podía atribuírseles ciertas características somáticas como factores de inferioridad y apareció el prejuicio racial como el elemento más disgregante de toda posible nacionalidad.

¿Cómo explicar entonces el éxito sorprendente de la expansión occidental? ¿En virtud de qué condiciones o cualidades impusieron su dominio las naciones europeas? De hecho, fue la racionalidad, especialmente la aplicación de la lógica racional a la tecnología, la mayor ventaja que tuvieron los occidentales frente a los pueblos y culturas que sometieron a su hegemonía. Esto no quiere decir que hayan sido los occidentales los únicos pueblos poseedores de la razón o de la lógica racional. A lo que nos referimos es a la racionalidad como ideal de pensamiento y norma de acción y a la amplitud de su aplicación a los demás aspectos de la vida, especialmente a la economía y a la guerra. Desde los griegos, ha sido la racionalidad lo que ha definido el carácter de la civilización occidental y lo que le ha permitido conocer con mayor amplitud y profundidad las leyes de la naturaleza y su aplicación práctica en el desarrollo de las fuerza productivas.

No ha sido la nuestra una historia solidaria, que hubiera permitido consolidar una nación homogénea; las desigualdades sociales levantaron las barreras que han impedido la conformación de una sociedad consolidada. De otro lado, como sabemos, en la historia peruana se han producido tres sucesos trascendentales, tres rompimientos que alteraron la continuidad del proceso histórico, tales han sido: la conquista española, la Independencia y la Guerra del Pacífico, después de cada uno de los cuales nuestra historia cobró diferentes sesgos, con desdichadas consecuencias para las mayorías.

La República fue fundada bajo la advocación de la razón y los ideales de justicia e igualdad sociales, sus fundadores dotaron al Perú de una Constitución de tipo republicano y de una organización política sobre la base de tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial, así como de una estructura institucional que asegurase los derechos y señalase los deberes de los ciudadanos.

Pero la independencia del Perú del dominio español no significó, como debía serlo, el cambio hacia nuevas formas de integración y unificación nacionales, ni se produjo el corte cuando precisamente debió cambiarse la estructura del agregado social, para separar de una vez por todas las viejas formas de dominación colonial de la nueva organización que reclamaba un país nuevo, libre, compuesto por ciudadanos criollos, indígenas, mestizos y demás grupos que habitaban el territorio nacional.

Después de la independencia no se llevó a cabo modificación sustancial alguna en las estructuras sociales y los sectores populares siguieron sin tener acceso a las esferas de decisión política y económica del nuevo Estado. Bajo la cubierta liberal y el dogma de la soberanía popular puramente declarativos, la independencia sirvió para justificar y mantener la preeminencia de una minoría políticamente débil y de una oligarquía sustancialmente floja, que no pudieron ni fueron capaces de consolidar el poder y a las cuales sólo les preocupó mantener sus privilegios heredados. Se fundó el Estado pero no se consolidó la nación, y es un hecho también, como dice Basadre, que el Perú nunca ha tenido una clase dirigente sino solo dominante.

Ahora, tenemos la sensación de hallamos en un momento de transformación del proceso histórico en el planeta entero; sentimos como que se ha cerrado una época y se ha abierto otra, cuyas perspectivas no alcanzamos a vislumbrar, pero que una escalada de irracionalidad global nos viene produciendo más que zozobra. No podemos dejar de angustiarnos frente al aumento de la conducta antisocial, el desprecio por el derecho y la moral, la corrupción corporativa, la drogadicción y el individualismo exacerbado. También nos preocupa advertir el interés cada vez menor por el estudio y la actividad intelectual que se manifiestan nefastamente en los niveles inferiores de rendimiento escolar. En fin, tantos otros gravísimos problemas

desde la decadencia de la familia hasta la guerra preventiva, pasando por la drogadicción y la sexualidad desbocada.

Nos preguntamos entonces ¿qué podemos saber de modo válido de la sociedad en la que vivimos? ¿Qué nos hace ser lo que somos? ¿De qué no podemos desprendernos para actuar objetivamente?

Bien sabemos, sin embargo que están en el conocimiento y en la voluntad donde radican las respuestas: en el conocimiento de la naturaleza de nuestra sociedad y de la realidad peruanas, es decir en la historia, en la toma de conciencia de nuestros defectos y de nuestras posibilidades y, por supuesto, en la voluntad de enfrentarnos colectivamente al futuro superando de una vez por todas el “inmenso déficit de solidaridad” que nos viene frustrando a lo largo de la historia. “Una nación –como dice Burdeau– es el sueño de un futuro compartido”. Y es así porque el sentimiento nacional procede de la conciencia de un pasado común.

En la Academia, nuestra tarea sigue siendo esencialmente la que se consigna en nuestros estatutos fundacionales: investigar, descubrir, aprender, enseñar, analizar sistemáticamente nuestro proceso histórico y explicarlo racionalmente, libre de falacias y prejuicios, para entender la identidad de nuestra cultura, para despertar nuestras posibilidades adormecidas y así contribuir en la orientación del proceso en el cambio social y el desarrollo económico, político y moral, en el sentido en que nos demandan la razón y la libertad.